

entra allí á bayoneta calada, y consigue ahuyentar á la Guardia prusiana despues de hacer en ella carnicería horrorosa. Mas tomando nuevas masas enemigas de revés la grande Villeté por el canal del Ourcq, y penetrando entre la Villeté y la Chapelle, muy pronto se ve obligado á abandonar la llanura y á refugiarse á las barreras. Entonces mismo avanza Langeron hácia la falda de Montmartre. ¡Langeron, francés de nacimiento, guiaba sobre París á los soldados enemigos! Al dirigirse á Montmartre, espera sufrir una lluvia de metralla, pero sorprendido de hallar silenciosas estas alturas, las trepa, y coge la débil artillería allí situada, y apenas defendida por algunos zapadores hombreros. Acto continuo, marcha sobre la barrera de Clichy, sustentada bravamente á la vista del mariscal Mortier por la Guardia nacional y con una sangre fria que acreditaba lo que se hubiera podido obtener de la poblacion parisiense.

¡Tal era el término de veinte y dos años de triunfos inauditos, que, teniendo sucesivamente por teatro á Milan, Venecia, Roma, Nápoles, el Cairo, Madrid, Lisboa, Viena, Dresde, Berlin, Varsovia, Moscou, se iban á acabar de una manera tan lúgubre á las puertas de París!

No habiendo preparado cosa alguna para una larga resistencia; no estando barreadas las calles, ni la poblacion detrás de las barricadas, ni de reserva las tropas; quedando reducida toda la defensa á una batalla dada extramuros de París al frente de un puñado de soldados contra un ejército formidable, y hallándose esta batalla inevitablemente perdida, con oponerle la tapia de la oficina de puertas, no era ya posible detener al enemigo. Asi

convenia ahorrar á París un infructuoso desastre. No viendo ya Marmont otro arbitrio, pensó en usar de los poderes conferidos por José á los dos mariscales que tenían el ejército de París bajo su mando, y envió uno tras otro dos oficiales en calidad de parlamentarios para proponer al príncipe de Schwarzenberg una suspension de armas. Tan grande era la animacion del combate que el uno no pudo penetrar y el otro fué herido. Entonces Marmont envió un tercer parlamentario.

A este mismo tiempo llegaba el general Dejean casi sin respiracion á anunciar que, noticioso Napoleon de la marcha de los aliados sobre la capital de Francia, habia mudado de direccion y avanzaba sobre París á toda prisa, de modo que bastaba sostenerse cuarenta y ocho horas para verle asomar á la cabeza de fuerzas considerables; que de consiguiente, urgía esforzarse en resistir á toda costa, ó probar á entretener con algunos parlamentos al enemigo en el caso de no ser ya posible la resistencia. Con efecto, en extremidad semejante, y hallándose el congreso de Chatillon ya disuelto, Napoleon habia escrito á su suegro para reanudar las negociaciones, y autorizaba para comunicarlo al príncipe de Schwarzenberg, con el fin de obtener una suspension de armas de algunas horas. Bajo una granizada de proyectiles, recibió el mariscal Mortier al general Dejean, y enseñándole las reliquias de sus divisiones, que aun disputaban la Villeté y la Chapelle, muy luego le convenció de la imposibilidad de prolongar tal resistencia. De consiguiente, reconocióse que no habia otro arbitrio que dirigirse el príncipe de Schwarzenberg, por lo cual le escribió el mariscal algunas palabras

sobre la caja de un tambor traspasado de balas. Le decía que Napoleón había abierto nuevamente las negociaciones sobre bases que no podrían desechar los aliados, y que, entretanto, por interés de la humanidad era de desear que se atajara la efusión de sangre.

Un oficial, encargado de llevar esta carta, arrojó al galope, cruzó las filas de los dos ejércitos, y llegó á presencia del príncipe de Schwarzenberg. Éste respondió que no tenía la mas leve noticia del reanudamiento de las negociaciones, y que por esta razón no era dueño de interrumpir el combate, si bien se hallaba pronto á suspender tanta carnicería, con tal de que se le entregara París sin demora. Habiendo logrado llegar en este mismo instante el tercer oficial enviado por Marmont, ante el generalísimo austriaco, y anunciando que por salvar á París se cedía á firmar una capitulación, se entablaron los parlamentos mas formalmente, y se citóse á la Villete á los dos mariscales. Allá fueron y encontraron á Mr. de Nesselrode con muchos plenipotenciarios. Sin perder momento se empezó á tratar de una suspensión de hostilidades. Por los representantes del ejército aliado, se anticiparon desde luego diversas pretensiones. Querían que las tropas, que habían defendido á París, depusieran las armas. Un movimiento de indignación fué la única respuesta de los dos mariscales. Despues, los plenipotenciarios enemigos se redujeron á pedir que los mariscales se retirasen á Bretaña con sus tropas, á fin de que no pudieran ejercer ninguna influencia sobre la continuacion de la guerra. De nuevo rehusaron los mariscales, y exigieron que se les dejara retirar adonde fuera de su agrado.

do. Al fin quedaron acordes, con tal de que evacuaran la ciudad aquella noche misma. Esta condición fué aceptada, y se convino en que se reunirían oficiales para arreglar los detalles de la evacuacion de la capital de seguida.

Tal fué esta célebre capitulación de París, contra la cual nada cabe decir de peso, pues vino á ser de necesidad para los dos mariscales. Seguramente habían hecho cuanto se podía esperar de ellos, pues con veinte y tres ó veinte y cuatro mil hombres, afrontaron durante una jornada entera, á ciento setenta mil, de los cuales cien mil vinieron á las manos, y que, habiendo tenido seis mil hombres fuera de combate, hirieron ó mataron doble número al enemigo. ¡Imagínese lo que aconteciera, si dando ocupacion Paris tres ó cuatro dias mas á los aliados, les sorprendiera Napoleón presentándose á su espalda con setenta mil combatientes! ¿Y á quién atribuir la culpa de que no se efectuara de esta suerte sino á Napoleón ante todo, que, no decidiéndose á confesar su situacion hasta muy tarde, no hizo ejecutar en torno de la capital, y á su vista, los trabajos necesarios; que, por diseminar sus recursos desde Alejandria hasta Danzick no tenía cincuenta mil fusiles que entregar á los parisienses; y despues de Napoleón, á los que, encargados de suplirle en su ausencia, manifestaron tan escasa presteza, capacidad y energia, y redujeron la defensa de la capital á una batalla de veinte y cuatro mil franceses contra ciento y setenta mil enemigos?

Al tratar en favor de sus cuerpos de ejército, nada pudieron estipular los dos mariscales respecto de la ciudad de París, ni del gobierno que resi-

dia dentro de sus muros, á causa de carecer de poderes y de mision para ello. Además, se habian retirado en union de José todos los ministros. Obedeciendo lo que se habia acordado el duque de Rovigo, pues, determinó que todos los ministros siguieran á la regente, así que París no se considerara sostenible, al partir dejó el cuidado de mantener la tranquilidad pública á los dos prefectos, el que dirige la administracion de la capital, y el que dirige su policia. De consiguiente, ya no existia gobierno, y al fin resultó el vacío señalado tantas veces como peligroso, por los que se oponian á la partida de la regente.

Mr. de Talleyrand, el hombre destinado á llenar este vacío antes de mucho, á quien Napoleon, por un instinto secreto habia vislumbrado como autor probable de su caida, y á quien el público, por un instinto no menos seguro, miraba como autor de una revolucion inmediata, Mr. de Talleyrand se hallaba á la sazón en suma perplejidad. Como gran dignatario debia seguir á la regente; mas partiendo, se alejaba del gran papel á que parecia destinado, y no partiendo, se exponia á ser cogido en fragante delito de traicion, lo cual podia resultar grave, si Napoleon, por un golpe de fortuna, posible siempre en varón de su altura, remanecia en las puertas de la capital de nuevo triunfante. Para salir de apuro ideó presentarse al duque de Rovigo, á fin de obtener autorizacion para continuar en París, pues, segun decia, en la ausencia de todo gobierno, aun se hallaria en posicion de prestar importantes servicios. Sospechando el duque de Rovigo que á otro que á Napoleon le serian prestados, se negó á la demanda, no tenien-

do tampoco autoridad para satisfacerla. Mr. de Talleyrand acudió á los prefectos sin mas fruto, y no sabiendo cómo cohonestar su prolongada presencia en París, abrazó al fin el partido de meterse en uno de sus carruajes, para fingir á lo menos la buena voluntad de seguir á la regente. Hacia la caída de la tarde, á la hora en que terminaba la pelea, se presentó sin pasaporte y con gran aparato de viaje en la harrera que conducia al camino de Orleans. Ocupada estaba por guardias nacionales muy irritados contra los que abandonaban la capital ya hacia dos dias. Alrededor del carruaje formóse una especie de tumulto, natural segun algunos contemporáneos y amañado en concepto de otros. Se le pidió su pasaporte, no pudo enseñarlo, se murmuró sobre la falta de una formalidad esencial, y entonces, con deferencia afectada hacia los bravos defensores de París, retrocedió camino, y metióse en su casa. La mayor parte de los que contribuyeron á detenerle y que no deseaban revolucion, estaban muy ajenos de haber detenido al que iba á hacerla.

No estando tranquilo del todo acerca de la regularidad de su conducta, se dirigió Mr. de Talleyrand á casa del mariscal Marmont, situada en el arrabal Poissoniere, y á la cual se habia retirado despues de concluir la batalla. Allí acudieron personas de varias categorias, buscando un gobierno en alguna parte, y yendo al lado de la persona que mas parecia desempeñarlo como gefe de la única fuerza existente en la capital. Le estaba subordinado el mariscal Mortier para todas las ocasiones importantes. Se hallaban allí los dos prefectos, parte del cuerpo municipal y muchas

personas de viso. Todos hablaban de los sucesos con emoci3n y cada cual á tenor de sus sentimientos. Al ver al mariscal con el rostro ennegrecido por la pólvora y con el uniforme despedazado por las balas, se le daba el parabien de su bizarra defensa de París, y se pasaba á hablar de la situacion de seguida. Notábase una especie de unanimidad contra lo que se denominaba infame desercion de cuantos habia dejado Napoleon en la capital para defenderla, y contra Napoleon mismo, cuya loca política habia llevado á la falda de Montmartre los soldados de Europa. Los realistas, y no faltaban en esta especie de junta, no vacilaban ya en decir que urgía sacudir un yugo insoportable, y pronunciaban atrevidamente el nombre de los Borbones. Dos banqueros de nota, ligados uno por el parentesco, y otro por la amistad al duque de Ragusa, Mrs. Perregaux y Laffitte, excitaron la atencion por la vivacidad de su lenguaje. Especialmente el segundo, cuya fortuna ya iba en auge, y cuyo talento vivo y brillante era generalmente reputado, se declaró muy de lleno, y hasta aventuróse á decir al escuchar el nombre de los Borbones:—Sea enhorabuena, que vengan los Borbones, si así place, pero con una constitucion que nos ampare contra un funesto despotismo, y con la paz de que estamos privados ya hace largo tiempo.—Esta armonía de sentimientos contra el despotismo imperial, llevada hasta el extremo de que se considerara á los Borbones como aceptabilísimos por hombres de la alta clase media que no los habian conocido nunca, hizo muy singular impresion entre los circunstantes. Se manifestaba tambien que habia que atender, no solo al ejército,

sino á la capital. Sobre esto, dijo el mariscal Marmont, que para estipular acerca de París, carecia de poderes, y juzgóse conveniente que los prefectos y una diputacion del Consejo municipal y de la Guardia nacional se presentaran á los soberanos aliados, para reclamar el trato á que París tenia derecho por parte de príncipes civilizados, que desde el paso del Rhin se anunciaban como libertadores y no como conquistadores de Francia.

Cuando llegó Mr. de Talleyrand se discurría en tal sentido. Con el mariscal Marmont tuvo una entrevista privada. Ante todo, anhelaba obtener algo semejante á una autorizacion para permanecer en París, lo cual le podia proporcionar el mariscal menos que nadie; fuera de que al ver lo que pasaba ya tenia mucho menos empeño en conseguirla. Al punto ocurri3le aprovechar esta visita para el desenlace que empezaba á mirar como irremisible y cómo necesariamente producido por sus propias manos. Nadie era mas sensible á la lisonja que el mariscal Marmont, y nadie la sabia emplear más á maravilla que Mr. de Talleyrand. En esta campaña habia cometido el mariscal muy graves faltas, aunque solo al alcance de los militares, á la par que acreditó el mas insigne denuedo. Con especialidad en esta jornada de 30 de marzo adquirió títulos duraderos á la gratitud del pais. Su rostro, sus manos, su uniforme, daban testimonio de lo que habia hecho. Mr. de Talleyrand encomió su valor, su talento, su inspiracion, sobre todo, muy superior, según decia, á la de los otros mariscales. Cuando al duque de Ragusa le decian que tenia inspiracion y que de ella carecian sus camaradas, no cabia en sí de puro satisfecho, y á

la verdad, bajo este punto de vista poseia lo que faltaba casi á todos los otros. Asi oyó muy halagüeñamente lo que le decia el peligroso tentador que preparaba su caída. Mr. de Talleyrand se esforzó en ponerle de manifiesto la gravedad de la situacion, la necesidad de sacar á Francia de las manos que la habian perdido, y le dió á entender que en las presentes circunstancias, un militar, que habia defendido á París con gran lustre, y aun contaba á sus órdenes las tropas á cuya cabeza habia lidiado, poseia medios para salvar á su país que no se hallaban al alcance de otro alguno. Mr. de Talleyrand no se explicó mas á las claras, por saber que una seducción jamás se consuma de golpe. Mas, cuando se retiró ya el infeliz Marmont se sentia embriagado, y á vueltas de los desastres de Francia, ya soñaba para sí los destinos mas brillantes, á la par que el soldado sencillo y sesudo, su compañero en esta jornada del 30 de marzo, con el rostro ennegrecido tambien por la pólvora, devoraba su dolor en el aislamiento á que le reducian su rectitud y su modestia.

Avanzada estaba la noche; los oficiales elegidos por los mariscales, fueron á arreglar con los representantes del príncipe de Schwarzenberg los pormenores para la evacuacion de París; y los dos prefectos partieron del hotel de Ville con una diputacion elegida entre los miembros del Consejo municipal y los gefes de la Guardia nacional, para ir al castillo de Bondy y apelar á los sentimientos benévolos de los soberanos victoriosos.

A las puertas de París llegaba Napoleon en este momento. Se le ha visto hacer alto en los alrededores de Saint-Dizier el 23 de marzo para dar

descanso á sus tropas, y espacio á las guarniciones en cuya busca habia ido á fin de que le trajeran refuerzos. Tanto el 24 como el 25 operó diversos movimientos entre Saint-Dizier y Vassy, lisonjeándose siempre de haber atraído al príncipe de Schwarzenberg detrás de su huella, y autorizado para creerlo segun las noticias de sus lugartenientes, que bajo la impresion de la jornada de Arcis-sur-Aube, se figuraban descubrir en torno masas innumerables de enemigos. Por lo demás, se hallaba resuelto á averiguarlo positivamente, aproximándose mucho á la primera coyuntura á la numerosa tropa de caballería destacada en su seguimiento. Entretanto, desconsolado Mr. de Caulaincourt por la ruptura de las negociaciones, insistia para que se abrieran nuevamente, á lo cual Napoleon no se manifestaba propicio. Con todo, sobrevino una circunstancia favorable, y Mr. de Caulaincourt le violentó hasta cierto punto para inducirle á aprovecharla. Batiendo el general Piré el camino con la caballería lijera, cogió prisioneros al baron de Wessenberg y al mismo Mr. de Vitrolles, de vuelta de su mision cerca del conde de Artois, si bien no se le reconoció por su fortuna. Apoyado Mr. de Caulaincourt por Berthier, obtuvo que se soltara á Mr. de Wessenberg con una carta para Mr. de Metternich, en la que Mr. de Caulaincourt afirmara que al fin Napoleon estaba resignado á grandes sacrificios, bien que sin determinar cuáles. Esto es cuanto Mr. de Caulaincourt pudo arrancar á su soberano, á pesar de apeteecer mayor claridad para estas nuevas aberturas, con el fin de que fueran acogidas. Libre á condicion de cumplir este encargo, lo aceptó Mr. de Wessen-

berg y haciendo pasar á Mr. de Vitrolles por eria-  
do suyo, le salvó así del mayor peligro.  
Habiéndose presentado el 26 la ocasión de un  
reconocimiento en grande escala, Napoleón tuvo  
muy buen cuidado de que no se le malograra.  
Mientras se hallaba entre Saint-Dizier y Vassy á la  
izquierda del Marne, llenando con sus partidas el  
pais entre este río y el Aube, divisó una caballe-  
ria muy numerosa á la orilla derecha del Marne,  
un poco mas abajo de Saint-Dizier y en direccion  
de Vitry. A la vista del enemigo presentándose en  
fuerza, no habia que vacilar de ningún modo, sino  
ir en su contra, así para batirle, como para saber  
quien era. No obstante el grave inconveniente de  
cruzar un río delante de una tropa en batalla, se  
marchó hácia el vado de Hoericourt en derechura,  
se atravesó el Marne en masa, excepto el cuerpo  
de Oudinot que fué enviado para pasarlo por Saint-  
Dizier algo mas arriba. Grande embarazo fué el  
del enemigo al reconocer que en contra de todo el  
ejército francés iba á venir á las manos. Sin em-  
bargo, contaba diez mil ginetes y algunos miles de  
infantes lijeros, y lanzólos sobre nosotros en el  
mismo instante en que cruzábamos el Marne. Se  
recibieron como era de esperar unos y otros. Des-  
pues de mezclarse la caballería de la Guardia con  
los escuadrones enemigos, los puso en comple-  
ta derrota. Obligados se vieron á replegarse, y  
Wintzingerode, pues no era otro, en suma, viendo  
que se habia empeñado muy imprudentemente, re-  
solvió ganar el camino de Bar-sur-Aube, á pesar  
del inconveniente de desfilar á tiro de Saint-Dizier  
que acababa de ocupar Oudinot. Se cargó á muerte  
al enemigo en retirada, y mientras era vivamente

acosado por retaguardia, fué cogido de flanco por  
nuestra infantería desembocando de Saint-Dizier.  
Al tratar de formar el cuadro dos batallones, el va-  
liente Letort cayó sobre ellos, al frente de los dra-  
gones de la Guardia y los derribó por tierra. Tal  
era el empuje que los dragones siguieron á la car-  
rera sin cuidarse de los infantes rusos á los cuales  
habian acometido y atropellado. Estos, que apare-  
cieron prontos á rendirse, al ver partidos á los  
dragones, se rehicieron y les dispararon por la es-  
palda. Entonces nuestros ginetes retrocedieron ca-  
mino y les acuchillaron implacablemente. Su per-  
secucion duró hasta la noche, y se tornó á Saint-  
Dizier, despues de matar ó de coger á la retaguar-  
dia de Wintzingerode, encargada de perseguirnos  
y engañarnos, cerca de cuatro mil hombres y treinta  
bocas de fuego. A lo sumo perdimos de tres-  
cientos á cuatrocientos soldados. ¡Brillante y últi-  
mo trofeo de esta heróica y fatal campaña!

Enterado Napoleon el 27 de que aun se mante-  
nia el enemigo en Vitry, se acercó allá para to-  
marlo; pero oponian un obstáculo bastante difícil  
de superar un viejo muro y un foso lleno de agua.  
Macdonald, á quien habian irritado nuestros últi-  
mos desastres, se lo hizo notar á Napoleon con al-  
guna aspereza, de resultas de lo cual se empeña-  
ron en una disputa, cuando se trajo un boletin del  
enemigo cogido por nuestros soldados y en que  
daba cuenta de la triste jornada de Fère-Champe-  
noise á su modo. Aunque la fecha de este boletin  
no fuera exacta, ponía la marcha de los aliados  
sobre París en claro. Despues de la triste confirma-  
cion de esta verdad, obtenida de boca de los pri-  
sioneros, se tornó á Saint-Dizier el emperador,

muy impresionado por semejante noticia, y mas aun por el efecto que producía en rededor suyo. Inquietísimos ya los ánimos acerca de lo que podía haber pasado desde la marcha hácia Lorena, ya no se recataron al saber que iban sobre París los aliados. Con cierta especie de arrebató se desencadenaron contra la loca pertinacia de Napoleon, á quien, despues de la vuelta de Mr. de Caulaincourt, se atribuía la ruptura de las negociaciones. Se dieron á murmurar, que despues de haber hecho ya perecer una parte del ejército en esta campaña, también le llegaba á París su turno, y que mientras se batallaba á espaldas de la coalición sin ningun provecho, esta se vengaba quizá del incendio de Moscou, haciendo presa á París de las llamas. Bien pronto, fué tal la emoción, que hizo entrar en cuidado, y de vuelta Napoleon en Saint-Dizier el 28, juntamente con Berthier, Ney y Caulaincourt se puso á deliberar acerca del partido mas ventajoso. Si se pudiera prever que ya no era tiempo de socorrer á París, lo mejor fuera perseverar en un proyecto, arriesgado sin duda, si bien presentando las únicas eventualidades de salvación que era lícito vislumbrar todavía; dejar, por consiguiente, que el enemigo operase revoluciones en la capital, y lanzarse con los ciento veinte mil hombres que se llegaran á reunir sobre sus espaldas. Mas á impulsos de la esperanza no perdida de salvar á París, lo natural era correr allí á toda prisa, y ya que no se habia conseguido desviar á los generales aliados con la postrera maniobra, á lo menos probar á sorprenderlos en el momento en que se hallaran ocupados delante de esta gran ciudad, y á echárseles encima con la violencia del

rayo. De este dictámen fueron Berthier y Ney y lo sustentaron con fuego. En medio de la emoción que se experimentaba, lo de correr á París se habia hecho pasión universal. Napoleon, que no procedía por emociones, pensaba de distinto modo. Hácia las plazas habia marchado con el fin de recomponerse un ejército, de llegar á la fuerza de cien mil hombres, que debia hacer temblar á la coalición en sus manos. Tomado París, ó en peligro de serlo, no bastaba para apartarle de tan gran mira, pues así que los aliados supieran que disponía de fuerza semejante, casi de seguro saldrían de París mas que de prisa, ó expiarían, de lo contrario, la satisfacción de aparecer allí un momento. Poco se fijaba Napoleon en la idea de una revolución política, porque, á pesar de su sagacidad toda, no se figuraba el descrédito en que habia caído su gobierno. Solo miraba las cosas bajo el punto de vista militar, y así juzgaba mas importante reunir cien mil hombres que salvar á París. Sin embargo, siendo él el único que pensaba de tal modo, acusado de una obstinación insensata, no tuvo otro arbitrio que ceder ante el dolor universal y resolverse á ir en auxilio de la capital. Mas, de ser así, convenia marchar sin demora, porque, para llegar á tiempo, no se podía perder ni un minuto. Así Napoleon abrazó su partido de pronto, y se puso en marcha á la misma hora, corriendo en derechura del Marne al Aube, del Aube al Sena, para tornar á París por la izquierda de este río, y evitar así el encuentro de los ejércitos aliados. Partiendo de Saint-Dizier el 28, fué á dormir con el ejército á Doulevant, y de nuevo emprendi-

da la marcha el 29 por Dolancourt pasó el Aube, y fué á pernoctar á Troyes, dejando atrás el ejército que no podía trasponer las distancias tan de prisa. En el camino recibió un mensaje de Mr. de Lavalette, que le relataba el peligro inminente de la capital, la masa de los enemigos que la amenazaban por fuera, la actividad de las intrigas que la amenazaban por dentro; y á consecuencia de este mensaje aun aceleró mas su marcha. A Villeneuve-l'Archeveque llegó el 30 por la mañana, y dejando ya aquí de marchar militarmente, queriendo llevar por lo menos á Paris el socorro de su presencia, tomó la posta, y ora á caballo, ora en un miserable carruaje, se dirigió á Paris en unión de Mr. de Caulaincourt y de Berthier. Segun se ha visto, envió al general Dejean por delante, para anunciar su llegada y comprometer eficazmente á los mariscales á alargar la defensa. Como á media noche, y despues de correr todo el día, ora á caballo, ora en carruaje, llegó al cabo á Fromenteau, con impaciencia de saber lo que acontecia. Ya se divisaba una caballería numerosa precedida de algunos oficiales. Sin vacilar llamó Napoleón á estos oficiales. —¿Quién viene?—les dijo.—El general Belliard, respondió uno de ellos.—Con efecto, era el general Belliard, que en cumplimiento de la capitulación de Paris, se dirigia á Fontainebleau, á fin de buscar allí sitio conveniente para las tropas de los dos mariscales. Entonces, arrojándose Napoleón fuera del carruaje, coje del brazo al general Belliard, le conduce á un lado del camino, y multiplicando las preguntas, apenas le da tiempo de responder á fuerza de apresurarlas. —¿Dónde está el ejército? le dice al punto.—Señor,

me sigue. —¿Dónde está el enemigo?—A las puertas de Paris. —¿Y á Paris quién lo ocupa?—Nadie; está evacuado. —¿Cómo evacuado?... ¿Y dónde están mi hijo, mi mujer y mi gobierno?—Sobre el Loira. —¿Cómo sobre el Loira?... ¿Y quién ha podido tomar resolución semejante?—Señor, se dice que á tenor de órdenes vuestras. —Mis órdenes no prescribian tal cosa.... ¿Pero y qué es de José, de Clarke, de Marmont, de Mortier? ¿qué se han hecho?—Señor, ni á José, ni á Clarke les hemos visto en todo el día. Lo que es Marmont y Mortier se han conducido como valientes. Las tropas han estado admirables, y la misma Guardia nacional, donde quiera que ha entrado en fuego, ha competido con los soldados. Se han defendido heroicamente las alturas de Belleville, así como su respaldo hácia la Villette. Hasta se ha defendido Montmartre, donde apenas habia algunos cañones, y creyendo que hubiera más, los enemigos impulsaron una columna á lo largo del camino de la Revolte para girar en torno de Montmartre, exponiéndose así á ser precipitados en el Sena. ¡Ah, señor, si hubiéramos tenido una reserva de diez mil hombres, si os hallarais allí por dicha, arrojaríamos á los aliados al Sena, salváramos á Paris y vengáramos el honor de nuestras armas!—Sin duda si me encontrara allí, pero no puedo estar en todas partes.... ¿Y Clarke y José dónde estaban en tanto? ¿Qué se ha hecho de mis doscientas bocas de fuego de Vincennes? ¿Por qué no haberse servido de mis bravos parisienses?—Señor, no sabemos nada; solos estábamos y lo hemos hecho lo mejor posible. Cuando menos ha perdido el enemigo alrededor de doce mil hombres. —¿Bien debía

